

Aves insectívoras

Por el Profesor Anastasio Alfaro

Aunque todas las aves comen orugas y crisálidas, inclusive las que se alimentan de granos y de frutas, hay unas pocas familias cuyo régimen alimenticio es de insectos exclusivamente, y por eso se llama a estos pájaros insectívoros, recomendando su protección con leyes especiales en todos los países cultos.

Campylorhynchus capistratus

Este pájaro habita en todo Centro América: En Costa Rica se le conoce con el nombre de *Chico piojo*, debido a su canto bullicioso y actividad excesiva. Habita en la vertiente del Pacífico, desde el Monte del Aguacate hasta la costa: es despejado, movedizo, activo y muy alegre; vuela mal, y sólo a trechos cortos, de un árbol a otro, o bien se desliza entre las bejucadas, ramazones y piñuelares, saltando con extraordinaria rapidez y haciendo gran algarazara siempre que se reúne con otros compañeros. Se introduce en las casas viejas y galerones abiertos, pasando con agilidad por agujeros y rendijas; todo lo registra, pero cuando está satisfecho da al viento su charla sonora y complicada.

Prefiere para anidar las plantas espinosas: al centro, donde nadie pueda importunarlo, fabrica su casa con pajas secas, en forma de bola, bastante voluminosa, suave y abrigada: en su interior deposita los huevos, en número de cuatro, de color crema verdoso, densamente manchados de morado violeta, con otras manchas irregulares sobrepuestas, de color moreno, especialmente en la parte optusa del huevo. Su forma es aovada típica, y miden 23 milímetros de largo por 16 de grueso, poco más o menos.

Fácilmente se puede distinguir este pá-

jaro por su color blanco crema, en toda la parte inferior, desde la base del pico hasta la cola; por encima es de color pardo, con las alas, cola y rabadilla manchadas transversalmente de fajas negras, alternas con otras de tono ceniciento; la parte superior de la cabeza es negra, con una raya a cada lado, sobre la línea de las cejas, de color blanco y crema. El pico es largo y medio curvo; el iris castaño rojizo; y el largo total del pájaro es de 17 centímetros, por término medio.

Thryophilus rufalbus

Pertenece este pájaro, así como el anterior y los subsiguientes, a la familia de los Trogloditas: mide 15 centímetros de longitud; su color inferior es blanco gris, y por encima castaño rojizo, invadiendo este tinte los costados, lados del pecho y región abdominal, en graduación paulatina hasta confundirse con el tono gris inferior; sobre las alas y la cola presenta manchas negras transversales. El iris es de color pardo.

Habita la vertiente occidental, desde las faldas de la cordillera hasta la costa, de preferencia en los barrancos y valles cruzados por riachuelos, donde se confunden con el murmullo de las aguas sus notas fuertes, melodiosas, aunque poco variadas ciertamente; allí se desliza de mata en mata, cruza por debajo de las bejucadas y brinca de una rama a otra con soltura y donaire.

Anida durante los meses comprendidos entre abril y setiembre; para instalar su nido prefiere los limoneros y otras plantas espinosas, como las de cornizuelo, que a más de sus espinas puntiagudas presenta la defensa natural de hallarse siempre habitada esta *Acacia* por miles de hormigas ponzoñosas. A mayor acopio de protección

tiene con frecuencia avisperos, resultando una empresa harto peligrosa y difícil obtener un nido de estas aves. Su construcción tiene forma de gran retorta, en cuya cavidad interna se hallan depositados los huevos: para fabricar ese nido voluminoso aprovecha las yerbas secas, tallos y raíces de helechos, crines de caballo y otros filamentos tan finos y negros que semejan la crin vegetal. El nido lo construye a dos o tres metros del suelo; pone tres huevos de color verde blanco, lustroso, claro y uniforme; de corte aovado largo y que miden 28 milímetros, en su mayor diámetro, por 15 de grueso.

Thryophilus modestus

Este pájaro, conocido con el nombre de *Chinchirigüí*, habita ambos lados del país, sobre las altiplanicies: es un artista, dice Mr. Cherrie, que está siempre dispuesto a llamar con su algaraza la atención del viajero. De las veintiseis especies que tiene la familia Troglodytidae, solamente el zoterré y el chinchirigüí habitan los alrededores de la capital: en la época del celo, que dura desde abril hasta agosto, este pájaro se muestra muy activo y bullicioso en las cercas enmarañadas y charrales, donde se desliza con suma rapidez gritando siempre: *Chinchirigüí, Chinchirigüí*, de cuyo canto toma el nombre con que se le distingue.

Anida en los piñuclares y breñas, a un metro de altura o poco más, en matorrales ocultos: el nido semeja un calcetín de niño, cortado hacia el tobillo y mide exteriormente 15 centímetros de largo por 5 de diámetro en la entrada del hueco; en su estructura entran hebras de zacate y de otras plantas delgadas, todo bien seco, con el interior tapizado de blandas plumas de gallina; la posición del nido es siempre vertical, para dar cabida en su parte interna, inferior, a los pichoncitos. Dos huevos recogidos en 21 de junio eran de forma regular, de color blanco, ligeramente azulado y medían 21 milímetros de largo por 14 y medio de ancho.

Puede asegurarse que las aves de esta familia son protectoras de la agricultura y cualesquiera de las especies que observamos resultará igualmente interesante.

Troglodytes intermedius

Pocas son las aves costarriqueñas que pueden atraer nuestra atención como el zoterré; su mediana estatura y modesto plumaje de color moreno, uniforme, parecen colocarlo en las últimas esferas de nuestra avifauna, si lo comparamos con el hermoso quetzal; pero esa modestia característica desarrolla la más viva simpatía cuando lo observamos detenidamente, lleno de gracia y atractivos que bien pudieran llamarse intelectuales. El zoterré es un pajarito afecto al hombre: comparte con él sus habitaciones y le gusta anidar en los huecos de los muros, en los tejados y corredores de las casas; cuando se le proporcionan cajoncitos, anida en ellos y nos paga el hospedaje con su canto suave y armonioso, que entona en las primeras horas del día y por la tarde. En campos despoblados anida en los cortes del camino y los barrancos, en agujeros abrigados contra la humedad y el viento; a veces elige el hueco de un tronco viejo, algún cráneo seco, siempre que se halle suspendido a más de un metro del suelo. Es admirable el trabajo que emplea acarreando material para la construcción del nido: primero coge ramitas secas, pedazos de papel y trapos viejos, para dar a su lecho la forma redonda y para llenar todas las irregularidades de la cavidad selecta; después tapiza el nido por dentro con pajitas secas, fibras de plátano y blandas plumas de gallina; de este modo obtiene un lecho suave y abrigado, al cual agrega crines de caballo y escamas de culebra, siempre que puede obtenerlas.

El canto del zoterré durante la época del celo parece la expresión del amor y la libertad, sin que en él se note el aire de tristeza con que muchos pájaros enjaulados dan a conocer el sentimiento que les causa su prisión.

El zoterré anida indistintamente en los meses comprendidos entre febrero y junio inclusive; pone de tres a cinco huevos cortos, de forma aovada y color blanco ligeramente rosado, con pequeñas manchas circulares de color chocolate, que por su mayor aglomeración hacia el extremo más ancho del huevo llegan a formar, a veces, una especie de corona; por término medio tar-

da quince días en hacer el nido y depositar sus huevos.

Hace algún tiempo quise averiguar si los descendientes de un zoterre que vivía en mi casa vendrían a anidar más tarde bajo mi techo: al efecto cogí el último pajarito que quedaba en el nido y le até un hilo rojo en la pata izquierda. Habían transcurrido apenas tres semanas cuando volvió a mi mano el zoterrecito: por desgracia un muchacho lo había matado con su flecha y me lo trajo para que yo lo disecara.

Hemos repetido varios años la observación, colocando cajoncitos para que aniden estos pájaros, siempre con resultados más o menos semejantes: en junio de 1919 logré que estos pajaritos entrasen a mi laboratorio de trabajo, abierto al Norte por una ventana de cuatro metros cuadrados y cerrada apenas con tela de alambre, de grandes ojos, por los cuales podían pasar mis visitantes con entera libertad, sin que los gatos de los alrededores les hiciesen daño; anidaron recogiendo de mi cuarto pita para sombreros, virutas del banco de carpintería y fibras de algodón que en la mesa de un naturalista nunca faltan. El cajoncito del nido medía 20 centímetros de alto, 15 de ancho y 10 de profundidad, todo cerrado, con un agujero circular al centro, de 5 centímetros de diámetro, como única puerta de entrada, y suspendido a tres metros de altura en una de las paredes interiores del taller. Con frecuencia se entretenían los niños observando la solicitud inteligente con que los pajaritos construyeron su nido, introduciendo por el estrecho agujero largas hebras de pita y otros materiales; luego la constancia con que alimentaron sus pichones trayendo el macho centenares de moscas y palomillas que la hembra recibía a la puerta; más tarde, ambos se ocuparon en esta faena de acarrear alimentos, cuando los pichoncitos podían alargar el pico para recibir ellos mismos los insectos que sus padres les ofrecían a cada instante, uno tras otro, como si tuviese un criadero preparado de antemano.

Al salir del nido los pichones, se prenden torpemente de las paredes como arañas, hasta que sus alas adquieren la nece-

saria agilidad y sus padres los enseñan a volar.

Durante los primeros días no saben buscarse el alimento y morirían seguramente si no les diesen de comer: así abren el pico sin cesar y pían desde la primera semana. Luego los pierde uno de vista por algún tiempo, hasta que se presentan de nuevo, alegres y satisfechos, a fabricar un segundo nido.

El 6 de agosto volvió a mi cuarto la pareja de zoterrecitos, trayendo consigo uno de los pichones, que se distinguía de sus padres por tener aún la cola demasiado corta y por su vuelo torpe. El nido viejo había pasado ya de muestra a una de nuestras escuelas públicas, pero en el propio lugar hallaron otro cajoncito limpio, que al instante aceptaron sin contrariedad alguna. Hubo cierta discusión seguramente para obligar al pichoncito a que ayudase a la faena de acarrear pajitas, trabajo que hacía de mala gana, como los muchachos aprendices de toda obra nueva. El 12 de agosto estaba ya seguramente terminado el nido, pues, la hembra entraba sin traer nuevos materiales de construcción, y salía después de permanencias cortas dentro del nido; el pichoncito no volvió a presentarse en mi laboratorio.

El domingo 24 de agosto llegó el macho, se enteró de que la hembra estaba empollando y de que todo marchaba bien; más como la incubación tocaba ya a su fin, se ocupó de allí en adelante en traer insectos con frecuencia para alimentar a su compañera, a fin de que no se separase del nido, ni siquiera durante los breves instantes necesarios para salir a comer.

Cinco días más tarde habían nacido ya los pollitos, pues en la mañana del 29 de agosto salió la hembra del nido, llevando en el pico una cascarita de huevo. De allí en adelante se ocuparon ambos padres en alimentar los pichoncitos y en limpiar el nido de cáscaras y suciedades, con tanto celo y actividad como pudiera hacerlo la madre más amorosa y diligente. Durante las dos semanas que duró la incubación, el macho cantaba con frecuencia el cajoncito, para recordarle a su consorte que no se olvidaba de ella y que vigilaba

de cerca por el precioso tesoro del hogar. Tal es la índole de estas criaturas preciosas, modelos encantadores del cumplimiento del deber, del cariño y del amor!

Virio flavoviridis

Al comenzar la estación lluviosa en Nuestra Meseta Central, se puede oír por donde quiera el grito gutural y repetido de estos pájaros cuando vuelan en parejas, de rama en rama, por los cercados y arboledas, como si se buscasen mutuamente para elegir el lugar donde deben fabricar su nido. Un *chiví, chiví, chiví*, sólo interrumpido por cortos gorgoros, indica su presencia; de otro modo será imposible percibirlos, porque su tamaño de quince centímetros de largo y el color amarillo verdoso del plumaje los oculta fácilmente. A veces, cuando se halla el macho solo, en las ramas elevadas, canta con tristeza, como si hubiera nacido para vivir siempre acompañado; sus notas entonces no son sonoras y vivaces.

Habita desde México al Perú, así en la cumbre de los volcanes como en las tierras bajas de la costa. Su cuerpo delgado, de ave cazadora de insectos, tiene la punta del pico armada de un garfio en la mandíbula superior, para perseguir larvas, arañas y otros bichos dañinos a las plantas de cultivos, razón por la cual protegen los agricultores los nidos de estas aves, aunque se hallen instalados en arbustos de café.

Comienza a anidar al inaugurarse la estación lluviosa porque necesita orugas para alimentar a sus pequeñuelos, y continúa en las atenciones de familia durante los meses de mayo, junio y julio. Su nido parece una taza suspendida por sus bordes de ramitas delgadas, alrededor de las cuales fija su tejido, hecho con firmeza y maestría; para el exterior usa cáscaras de plátano, escamas de jiñocuave, telas de araña, nidos de crisálidas y toda clase de filamentos recios que puedan entrelazarse para formar la canastilla; luego tapiza el interior con hebras de banano o algo parecido a crines. El nido así fabricado deja un espacio interno de 5 centímetros de diámetro para depositar tres huevos en for-

ma corriente, color blanco, con pequeñas manchas dispersas de castaño renegrido, agrupadas en mayor número sobre la parte obtusa del huevo, que mide 21 milímetros de largo por 15 de grueso.

Mientras la hembra incuba los huevos, el macho canta en las ramas vecinas, alegre y placentero; después cuidan ambos sus pichones, hasta que son capaces de buscar por sí solos el sustento.

Cyclorhis flavipectus

Ninguna de las especies pertenecientes a esta familia tiene nombre vulgar, pues la gente las incluye en el término general de cazadoras. Este pájaro es tan pequeño como el anterior, pero de cuerpo grueso, pico alto y fuerte, alas cortas, de vuelo pesado, siempre alegre y bullicioso. Su plumaje es amarillo aceitunado, predominando el amarillo por debajo y el tono verdoso por encima; tiene la cabeza gris cenicienta, con la frente y sobrecejas de color castaño. El iris es de tinte anaranjado.

Habita en Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela, lo mismo en las altiplanicies que en las costas de ambos mares. Fabrica su nido en forma de canastilla suspendida en una horqueta delgada; su tejido es fuerte, redondo por debajo, de color amarillento, paredes delgadas y recias, sin acolchado interior; pudiera compararse con la cuna de un niño pobre. Pone dos huevos, de forma aguda en uno de sus extremos, color blanco rosado, con manchas rojizas más agrupadas en la parte opuesta; su tamaño es de 25 milímetros en el diámetro mayor y 17 de grueso.

Synallaxis púdica

Este pájaro parece que fuera el Estipituro cola de gasa, del cual dice el doctor Brehem: Por regla general se le encuentra en parejas o en pequeñas familias, siempre a flor de tierra en medio de las yerbas más enmarañadas, y tan oculto que raras veces se le ve. Sus alas muy cortas y redondas no se prestan para volar y son del todo inservibles cuando la yerba está mojada de lluvia o de rocío, por lo cual vuela lo menos posible y se fía de sus

piernas. Muy veloz y movedido, ágil y diestro, corre por el suelo con la misma rapidez con que se desliza, en parte saltando, en parte volando sobre los arbustos; ejecuta con increíble facilidad toda clase de evoluciones. Si alguien lo sorprende repentinamente, desaparece de su vista gracias a su habilidad en ocultarse; sólo se resuelve a volar cuando se ve obligado a hacerlo; si ha sido verdaderamente ahuyentado vuela por encima de los matorrales casi tocándolos, y se precipita otra vez en la profundidad; a ratos comparece sobre la punta de un tallo para inspeccionar desde allí su territorio. Cuando está posado tranquilamente lleva la cola vertical, alguna vez también replegada sobre el dorso, hacia adelante; pero cuando corre con rapidez la mantiene horizontal hacia atrás. El macho deja oír durante la época del amor su breve pero gracioso cuchicheo; su reclamo es un suave *chirrr*.

En Costa Rica habita las llanuras del Atlántico y del Pacífico, especialmente los sitios pantanosos: su afán por ocultarse lo lleva a fabricar su nido en matorrales impenetrables, hacia el mes de julio, a poca altura del suelo, en arbustos y yerbas espinosas; le da la forma de una calabaza tendida, con galería de 40 centímetros de longitud, que conduce al depósito de huevos. La cámara de incubación es de forma oval, de 9 centímetros en su mayor diámetro, tapizada con hojas relativamente verdes, pues todo el material de la construcción voluminosa lo forman ramitas secas, espinudas, entretregidas en todas direcciones, con apariencia de una fortaleza erizada de puntas de lanza. La parte superior de esta calabaza espinosa está techada con hojas de zacate seco, en toda su extensión, a manera de choza indígena, para que el agua no moje el interior; las hojas verdes que forran el fondo del nido son suaves, pubescentes, constituyendo así un lecho en extremo comfortable. Acostumbra, además, este pajarito llevar a su cama algunas escamas de culebra para mayor abrigo: pone dos huevecitos de forma aovada-redondeada y de color blanco mate, de 21 milímetros de largo por 17 de ancho.

Sayornis aquatica

Este pájaro es de color pizarra, renegrido en el macho, con el bajo abdomen blanco amarillento y el iris de color moreno oscuro; su largo es de 16 milímetros. Habita en Centro América, así en las tierras altas como en las costas de ambos océanos. En las ramas secas, a orillas de los ríos y sobre las piedras circundadas por el agua, se posan estos pájaros, inmóviles, espiando a uno y otro lado el paso de algún insecto para lanzarse en su persecución. En estado de reposo abren un poco la cola, con movimientos acompasados, y gritan de seguido *pii, pii*, como si pidiesen auxilio a sus compañeros, que jamás acuden.

El primero de mayo comenzó a construir su nido uno de estos pájaros, sobre una roca, a metro y medio del agua, en el Río Torres: las paredes eran de lodo arenoso y pajilla entremezcladas para que la construcción fuera de gran dureza después de seca. Tres días más tarde estaba terminado el nido y tenía dos huevos frescos, de color blanco, con manchas y puntos rojizos diseminadas por toda la cáscara. El túnel rocalloso en que estaba fabricado este nido se halla abierto de Norte a Sur y protegido contra las aguas de lluvia; por las deyecciones blancas, abundantes, se conoce que los pájaros acostumbra pasar allí la noche. La pared exterior del nido mide 7 centímetros de altura por 12 de diámetro en su base. La cavidad está acolchada con fibras secas de zacate, dejando un alojamiento para los huevos de 6 centímetros de abertura y 4 de fondo. Los huevos son de forma aovada corta, de 20 milímetros de largo por 16 de grueso.

Todirostrum cinereum

Pertenece a la fauna nacional este pajarito de cuerpo diminuto y color amarillito, ceniciento por encima, de pico largo y aplastado. Al comenzar la estación lluviosa ocupa las márgenes de los ríos y los bancos de los arroyos para colgar sus nidos, de graciosa construcción, sobre el agua corriente, casi rozándose con ella. Aún para los colectores novicios, ese sis-

tema de construcción es protector de las pequeñas avecitas, pues fácilmente se confunde el nido con los restos de yerbas secas colgadas por el río sobre las ramas bajas durante las grandes avenidas.

Cuando están anidando jamás se alejan mucho del lugar donde tienen fija su residencia; vuelan a cortos trechos, de una rama a otra, cazando pequeños insectos al vuelo, y se posan por instantes para devorar tranquilos su presa; sus notas son cortas, rápidas y casi imperceptibles.

El nido suspendido de ramitas delgadas, desnudas y flexibles, lo fabrica con pajas secas entretreídas, dejando al medio un agujero lateral que comunica al centro de la construcción, donde deposita los huevos; el material más fino está dedicado a tapizar la entrada y el lecho mismo. La longitud de estos nidos alcanza hasta 30 centímetros; su diámetro mayor es de 9 y la abertura, en el agujero de entrada, es de dos y medio centímetros, tal es la pequeñez del pajarito. Los huevecitos son blancos, a veces con algunos puntos ralos de color ocráceo pálido sobre el extremo obtuso; miden 16 milímetros de largo por 11,5 de grueso.

Elainea pagana

Pocos pájaros hay tan comunes en el Valle Central de Costa Rica como el *Bobillo*, así llamado por el aspecto de tonto que tiene cuando se posa en los arbustos y mueve la cabeza en línea vertical, acompañando esos movimientos repetidos con un grito monótono y necio.

Durante la época del celo, que dura desde abril hasta julio, se le puede ver en todas partes, como si esperase tranquilo a que los insectos le pasen junto al pico para darles caza. Su nido lo fabrica indistintamente sobre las ramas bajas de las cercas, a dos o tres metros de altura, como en los altos cipreses, cubriendo cuidadosamente la parte externa con líquenes, de manera que se confunda el nido con la rama del árbol sobre que descansa: por dentro lo tapiza con crines de caballo y blandas plumas de gallina, resultando así una construcción graciosa y comfortable. La capacidad interior mide 55 milímetros de

diámetro y 25 de fondo. La postura es de dos huevos de color blanco de crema, ligeramente rosado, con manchas de castaño y violeta sobre el extremo obtuso, en forma de un círculo denso; a veces esas manchas salpican el resto de la cáscara. Las dimensiones varían entre 21 y 22 milímetros de largo por 16 de espesor.

Cuando el pájaro se ve sorprendido en sus tareas tranquilas de anidar, levanta el copetito y manifiesta su enojo con un grito corto, rápido, fuerte y repetido, como si reprendiese con severidad a sus perturbadores. Para empollar tarda una o dos semanas; a principios de junio pueden verse pájaros jóvenes, que apenas se diferencian de sus padres por tener el plumaje más delicado y porque carecen del copetillo característico.

Para apreciar mejor las aves insectívoras hay que contemplar una bandada de vencejos cuando hacen evoluciones de caería a la hora del crepúsculo: gritan y gritan siempre alegres, satisfechos, bajando a veces hasta flor de tierra o levantándose en círculos concéntricos para perderse de vista y volver antes de ponerse el sol a las rocas escarpadas donde tienen su vivienda. Hay que ver en Europa los ejércitos de golondrinas posadas en las estaciones de ferrocarril, como si fueran peregrinos que aguardan la partida del tren para las tierras cálidas del Sur. Hay que admirar las aves gorgeadoras de la familia *Mniotiltide* cuando vienen a los trópicos hacia el mes de octubre: con qué placer reconocen nuestras plantas del jardín y rebuscan los insectos, como los ganados que vuelven a su prado favorito. Todas estas aves persiguen a los enemigos del árbol y sus frutos, son protectoras de los campos de cultivo y merecen un amparo eficaz.

El ave de Minerva era la lechuza, cuyo vuelo nocturno, imperceptible, parece penetrar el abismo insondable de la sabiduría, cuyo chillido lúgubre evoca los misterios de ultratumba. En los templos antiguos, así como en los modernos, la lechuza es compañera inseparable del santo recogimiento que esos edificios inspiran en la soledad de la noche. Cuando las tinieblas convidan a la meditación, aparece flo-

tando en el espacio, como si fuera el espíritu de lo desconocido.

Lo mismo entre los salvajes, que en los pueblos civilizados, como Alemania, la lechuza es considerada como ave de mal agüero. Los hombres de todos los tiempos, dice Brehm, han visto con sus propios ojos a la lechuza volar, por la noche, por delante de las habitaciones ocupadas por enfermos; han oído con sus propios oídos cómo invitaba a los moribundos a comparecer, como es natural, cadáveres en el cementerio.

En las fiestas que hacían los indios en honor a sus dioses, la representación del buho tenía un puesto importante. El buho y la serpiente eran para los indios lo que la muerte y el diablo son para nosotros: personajes indispensables en toda mascarada.

Los indios de la Argentina consideraban a la lechuza como hermana del espíritu maligno, lo cual es una prueba más de que la superstición de estas aves se hallaba extendida por todas las tribus indígenas de América.

En la rica colección de objetos de piedra que trajo el señor Obispo Thiel del Palmar de Boruca, en 1884, existe una piedra interesante, que representa a la lechuza o tecolote, que lleva en el pico una cabeza humana, sujeta por la barba. Esta valiosa muestra arqueológica mide 80 centímetros de alto, incluyendo el pedestal, que tiene forma cónica para fijarlo en el suelo. La ejecución de la obra, en piedra dura, pesada y de color gris, es perfecta. El señor Obispo pensaba que esta figura representa a la lechuza arrojando la semilla del primer hombre sobre la tierra, pero el dicho indígena de que "*cuando tecolote canta, indio muere*" y el hecho de representar a los guerreros con el hacha en una mano y una cabeza cortada en la otra, parecen indicar que esta lechuza representa el símbolo de la muerte y no el nacimiento del primer hombre. Por otra parte, según la tradición de los naturales de Chirripó, fue un murciélago enorme, salido de las rocas igneas, primitivas, el que comenzó a regar sobre las tierras las simientes de la primera vegetación

y de la vida; además, en las figuras de oro y cobre dorado, así como en una vasija pequeña de barro que posee don Jorge Lines, se da al murciélago una particular preferencia representativa.

Entre las antigüedades procedentes de San Isidro, hemos visto dos buhos de piedra, blanca amarillenta, que miden 17 centímetros de alto, cada uno, bien trabajados y tan semejantes que parecen hechos por un mismo artista. A juzgar por el tamaño, la posición de las piernas y la forma abultada del cuerpo, parecen la imagen del estucurú (*Scops nudipes*) que es la especie común en San Isidro. Ambas piezas eran propiedad de don Félix Wiss en 1906.

La familia a que pertenecen el buho y la lechuza tiene en Costa Rica más de una docena de especies, conocidas con los nombres vulgares de *estucurú*, *olopopo*, *mochuelo*, *aurora*, *maja*, *fietro*, etc. Todas son de costumbres nocturnas, aunque algunas, como las últimas, vuelan temprano de la mañana y antes de ponerse el sol, dejando oír su canto de reclamo en las primeras horas de la noche y durante la madrugada, especialmente en la época del celo.

Estas aves anidan en los huecos de los árboles, en los agujeros de las rocas, en los campanarios de las iglesias, en los entrecielos de las casas elevadas. Se alimentan de ratones, ratas, musarañas, topos, avcillas y grandes insectos, con lo cual prestan servicios importantes a los agricultores, quienes las protegen y cuidan, cuando la ciencia y el interés agrícola han disipado en ellos los temores de la superstición.

El cariño por sus semejantes es tal en estas aves, que un naturalista ató un buho (gran duque) en el bosque por espacio de cuatro semanas, sin darle de comer: durante el día visitaba a su prisionero y pudo comprobar que por la noche otro buho libre le llevaba gran acopio de alimentos a su prisionero cautivo; en todo este tiempo le llevó: tres liebres, una rata de agua, muchas ratas y ratones comunes, una utraca, dos tordos, un pluvial, dos perdices, una emberiza, dos pollas de agua y un

pato silvestre. ¡Lo bastante para tener un festín cada noche!

Durante el día se ocultan estas aves en el bosque sombrío, porque la luz solar las ofusca de tal modo, en la región costeña, que se dejan coger vivas sin tratar siquiera de volar para defenderse.

La reina del aire era seguramente el águila; y por eso la reprodujeron en oro para lucirla en el pecho los caciques guetares. El señor de la tierra debió ser el tigre y si no aparece en las figuras de oro, lo imitaron en los vasos que estaban destinados a los jefes de mayor prestigio, por su destreza y arrojo en los combates. El Dios de las aguas lo representaba el cocodrilo, flotante siempre sobre las grandes inundaciones, que debieron ser terribles para las tribus ribereñas. A la serpiente le tocó representar el espíritu del mal, y al

buho las tinieblas de la noche eterna. Quizá las mariposas de oro simbolizan el renacimiento de las almas.

En la página 308 del libro de Lothrop, que trata de la cerámica de Costa Rica y Nicaragua, hay publicada la imagen del buho, procedente de las llanuras de Santa Clara: es una vasija de 21 centímetros de alto, en que los ojos y el pico no dejan la menor duda con respecto al ave que trataron de imitar. En los adornos y decorados de los utensilios de tierra cocida, así como en las piedras de moler maíz, el objeto principal lo llenaban primero y después completaban la forma representativa de algún animal, que para los indios debió ser cosa secundaria, salvo en los casos que tenían por mira reproducir la figura humana o de animales simbólicos.